

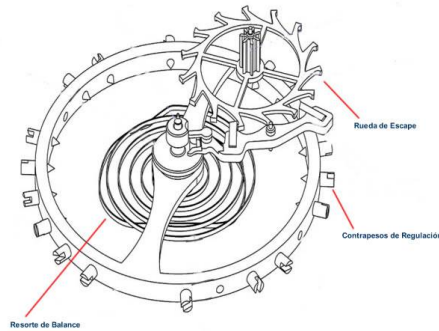
EL OBJETO PERDIDO (Segunda parte)

Investidura e intrincación pulsional en la sociedad de consumo

Juan Gennaro

A pesar de la insistencia de Freud por describir el papel fundamental de la intrincación de las dos fuerzas pulsionales, el Eros y el Tánathos, (regido, este último, por el principio de constancia), en el funcionamiento pulsional del aparato psíquico y su relación con el principio de placer, la investidura del objeto y el principio de realidad, es frecuente encontrar en muchos psicoanalistas, lo que podríamos pensar como una versión « ingenua », de la pulsión llamada de « muerte », identificándola con una suerte de fuerza « maligna », contraria a los designios de Eros que es identificado con la « buena pulsión ». En realidad Eros es « buena pulsión » sólo en la medida en que su fuerza o energía pulsional es puesta bajo « control » del principio de constancia, es decir la pulsión llamada de « muerte ».

En realidad, la fuerza de destrucción que puede manifestarse en diferentes cuadros patológicos o aún en determinadas situaciones sociales, proviene a nuestro entender preponderantemente de la energía pulsional liberada en circunstancias en que se produce una desintrincación (desanudamiento) pulsional. Ocurriría algo similar al mecanismo de un reloj a cuerda cuyo fuelle o cuerda, que acumula la energía cinética, es controlado y regulado por el ánora que en la oscilación producida por el balancín permite la liberación gradual de dicha energía. Cuando el ánora se desolidariza del fuelle (desintrincación), la energía se libera bruscamente y sin control y la rueda de escape gira « locamente ». Si pensamos el fuelle como la energía sexual y el ánora como su regulación, (principio de constancia), podremos figurarnos el papel de la intrincación pulsional en la investidura del objeto. La articulación de ambas fuerzas pulsionales nos permiten, entonces, pensar procesos como la desexualización necesaria al sepultamiento del complejo de Edipo y los desarrollos sublimatorios, así como procesos psicopatológicos en los que se desarrollan procesos destructivos del funcionamiento mental.



Rueda de Balance y Rueda de Escape

En relación al tema que tratamos hoy, es necesario el concurso de la fuerza pulsional que denominamos pulsión de muerte para la estabilización y soldadura de la investidura al objeto en su acción « desexualizante ». Es lo que Freud plantea (tal vez sin detenerse suficientemente) : « Un lazo particularmente íntimo de la pulsión con el objeto se acusa como *fijación* de aquella. Suele consumarse en períodos muy tempranos del desarrollo pulsional y pone término a la movilidad de la pulsión, contrariando con intensidad su desasimiento ».¹ Esta fuerza pulsional, al servicio del principio de constancia,² principio del que Freud deriva el principio de placer y de este último el principio de realidad, en su entrelazamiento con la pulsión sexual, asegura la estabilización del funcionamiento pulsional. Su desintricación (desanudamiento) trae como consecuencia una labilidad en la investidura al objeto (ya sea el objeto de la realidad exterior como el propio Yo del sujeto en la investidura pulsional narcisista). Ahora bien, ¿cuándo se produce esta mixtura de ambas corrientes pulsionales y de qué forma ? Pensamos que la misma se efectúa en el periodo más temprano del desarrollo psíquico, ligado al curso de la decusación pulsional primaria que describíamos más arriba. Este proceso otorga una apoyatura metapsicológica a la descripción, por Melanie Klein, del tránsito del objeto escindido al objeto total y su investidura en la posición depresiva, así como a la resolución de la ambivalencia primitiva.

Las carencias del objeto primario en proporcionar el continente (Bion) necesario para el buen desarrollo del proceso de intrincación pulsional, dejará indudables huellas en la estructuración narcisista primaria, el desarrollo del Yo y el funcionamiento pulsional del sujeto.

¹ Sigmund Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión* (2015), Obras Completas, Amorrortu editores, Buenos Aires 1979, p. 118.

² Tal vez hubiera sido más pertinente denominarla « pulsión de constancia » y no de « muerte ».

Sobre esta estructuración primaria del aparato psíquico y del espacio interno podrán orientarse las futuras investiduras secundarias del entramado narcisista y el desarrollo del autoerotismo. Los defectos en este andamiage primario, sus carencias y fragilidades, se traducirán en una forma particular de investidura del objeto, de tipo narcisista, cuya finalidad no solamente, ni fundamentalmente, sería la satisfacción pulsional, sino la tentativa de obturación de las fallas y hendiduras en el entramado narcisista primario, de una manera anaclítica, es decir, como apoyatura, regresando a las formas más primitivas, simbióticas de la relación objetal como describiremos luego, aún cuando debido a la laxa imbricación de la pulsión sexual con la que denominamos de « constancia », la fijación al objeto real será sumamente volátil y cargada de ambivalencia. Esta ambivalencia originaria, da todo el peso metapsicológico a la conocida fórmula de Freud : « el objeto nace del odio », la posibilidad misma de representación del objeto, ligada a la frustración, podrá estabilizarse en la relación con el objeto interno con la mediación necesaria de la barrera contenedora y paraexcitante de la madre. Función alfa del pecho materno que describe Bion.

Abismo de vida, abismo de muerte

« Cuando miras a lo profundo de un abismo, el abismo mira hacia ti », decía Nietzsche. En su artículo sobre la noción del « estadio del espejo », introducido por J. Lacan, Winnicott subraya el rol de la madre, en cuya mirada el niño « encuentra » el reflejo de sí mismo, « su » espacio y « su » tiempo, la vivencia del sí mismo. Queda a partir de allí situado en un lugar diferente al de su madre, « su » lugar, separado de la fusión originaria. En realidad se trata de lo que la mirada materna condensa, es decir la totalidad de la investidura que se inicia aún antes del nacimiento. Es decir que el espacio psíquico en el que el bebé es investido en el mundo interno de la madre, precede o aún hace posible la investidura del niño, como proyección del mismo, una vez que ha nacido. La madre permitirá a su bebé adquirir un espacio interno separado del mundo exterior. Su capacidad de aceptar la posición ambigua de estar al mismo tiempo « aferrada » a la realidad e incluída en el mundo simbiótico que comparte con su hijo, le permitirá dar un « espacio » propio al mismo y permitirle vivir la separación de esta « burbuja » simbiótica sin sucumbir a una angustia desestructurante. Es en esta fase, y a través de lo que Winnicott denomina el « holding » materno, que la madre dará un continente, una « piel » psíquica al lactante (Anzieu) y un espacio sobre el que podrá retornar la investidura

del objeto primario y constituir la vivencia del propio cuerpo como propio. Esta bifurcación pulsional establecerá la doble corriente pulsional diferenciadora de la investidura narcisista y la investidura de objeto, inaugurando, al mismo tiempo, el desarrollo del autoerotismo. La adquisición de la vivencia del sí-mismo y del espacio interno lleva al reconocimiento del espacio externo y a la relación con los objetos reales.

No cabe duda que el primer objeto es, para el lactante, su propia madre (o sus substitutos) o más precisamente, las partes del cuerpo de la madre vinculadas con la satisfacción de sus necesidades primarias, es decir, el pecho materno.

En este periodo, la relación con el pecho se establece a partir del orificio bucal, que sirve a la vez de frontera en el tránsito de un espacio externo a un espacio interior, que se irá estableciendo siguiendo el proceso que describimos anteriormente. El contacto con el objeto se establece alrededor de la actividad de inclusión o ingestión. En este movimiento son indisociables la « presentación » del objeto y la investidura de la madre cargada de afecto (aún si este es ambivalente), al igual que la dimensión paterna, implícita en el funcionamiento psíquico mismo de la madre, tanto en lo que se refiere al padre de la identificación primaria (que para Freud es el primer objeto de identificación) como al padre separador de la triangulación edípica, presentes desde el principio y participando de la génesis del psiquismo naciente aún antes del nacimiento del niño.

Apoyándose en las necesidades primarias de alimentación, en la frontera con la dimensión biológica, y en el marco que le otorgan los cuidados maternos (indispensables para Freud, como vimos más arriba), el niño podrá efectuar la inversión pulsional que le permitirá re-encontrar el objeto de satisfacción constituyendo las primeras huellas mnémicas y pudiendo construir la representación del mismo en un espacio interno. La madre podrá ponerse « en contacto » con su bebé a través de los cuidados que le prodiga, en la medida en que en su *rêverie* sea capaz de ponerse en contacto con su propio mundo interior y las huellas mnémicas más arcaicas que la conectan con sus propias vivencias infantiles. Cuando esto no es posible, debido a las fallas en la propia estructuración narcisista de la madre, que retrocede en su interior frente a vivencias de vacío o abismo sin fondo, el « contacto » no es posible aún cuando la madre pueda seguir « funcionando » con

una apariencia de « normalidad »³. Estamos aquí frente a lo que André Green denomina « la madre muerta », « La madre muerta es [...] contrariamente a lo que podría creerse, una madre que sigue viva, pero que está, por decirlo así, muerta psíquicamente a los ojos del niño que ella cuida »⁴ Puede suceder también que la madre intente llenar sus grietas narcisistas, utilizando a su bebé como « su objeto », es el « bebé tapón » del que nos habla Joyce Mc Dougall, « ese fenómeno era particularmente evidente en los analizados que vivieron sus madres como una fuerza engullidora buscando ejercer un control tanto físico como psíquico, sobre sus niños. Estos se vivían a sí mismos como una prolongación libidinal o narcisista de sus madres »⁵.

Juliette es una jovencita grácil, de apariencia frágil, casi evanescente. Su extrema delgadez parece enmarcar, resaltando, los grandes ojos tristes con los que parece, en permanencia, reclamar atención y ayuda, desde sus 15 años recién cumplidos. Consulta por una anorexia severa que comienza a los 12 años, en la misma época que su menarca. Su padre es violinista, y Juliette lo describe como un hombre extremadamente sensible, cautivado por su propia música que hace sonar en la casa durante largas horas de práctica. « El vive en su mundo », dice Juliette, - El violinista en el tejado – pienso, al mismo tiempo en que intento representarme ese padre que parece elevarse con sus melodías hacia dimensiones inalcanzables. Su madre, médica, es el eje y pilar de la familia, ejerce su rol de administradora familiar con fría eficiencia. Juliette la siente presente pero distante. Para ejemplificar su retrato cuenta : « Es mi madre la que piensa en todo. Cuando hay un cumpleaños, es ella la que compra los regalos. A mi siempre me regala ropa. Siempre demasiado grande. Sabe sin embargo mi talle, pero siempre es lo mismo, cuando me pruebo lo que me regaló, es enorme. En realidad se confunde y compra cosas de buen gusto, lindas, pero como para ella, para su talle. Luego tengo que ir a cambiarlas ».

Las grietas y las heridas producidas por las carencias del objeto primario que no ha podido cumplir su función continente y de para-excitación frente a la frustración, constituyen planos de atracción para la repetición en un anhelo permanente de llenar esos huecos, de efectuar la hemostasia allí donde sólo hay herida. Al mismo tiempo, la fuerza pulsional de constancia empuja al retorno al estadio simbiótico original

³ Ver Gennaro Juan, *Hazme una casa*, Psicoanálisis y Universidad, Pisoanálisis, 2006, pp. 689/699.

⁴ André Green, *Narcissisme de vie, narcissisme de mort*, Les éditions de minuit, Paris 1983, p. 222.

⁵ Joyce Mc Dougall, *Eros aux mille et un visages*, Editions Gallimard, Paris 1996, p. 163.

como opción permanente frente a las pulsiones sexuales que empujarán al sujeto hacia la vida y el mundo objetal, lo cual supone un grado más o menos importante de desintrincación pulsional con su correlato de liberación de energía no ligada. Es esto último que da a la pulsión de constancia su carácter destructor y mortífero. Es la posición masoquista primaria que da un soporte pulsional a la compulsión a la repetición y los mecanismos regresivos.

Si regresamos, luego de este largo rodeo, al análisis de los elementos relacionales que caracterizan a la sociedad de consumo, veremos que, como decíamos, ésta parecería favorecer, (nótese bien que decimos favorecer y no causar o crear), un retorno a formas arcaicas de relación de objeto y específicamente a una relación de objeto del tipo apoyatura narcisista o anaclítica.

Por cierto este aspecto regresivo sólo será devastador sobre aquellos individuos que, en su propio desarrollo libidinal, presentarán una determinada tendencia regresiva o bien una fragilidad particular de su Yo, tal como se observa, por ejemplo, en las personalidades fronterizas. El resto de los sujetos encontrarán sistemas de compensación, más o menos eficaces, estableciendo con sus objetos relaciones más duraderas y estables.⁶

Volvemos a encontrar, entonces, los dos términos de la ecuación que habíamos imaginado y que se encuentran contenidos en la ambigüedad de la palabra consumo : construcción e idealización por un lado, destrucción y desvalorización por el otro. Inestabilidad en la relación con los objetos y fragilización de las investiduras libidinales, incluyendo al propio cuerpo junto con una sobreinversión del ideal del Yo que se torna exigente y voraz.

Veamos ahora algunas ideas en torno a la depresión.

La sombra del objeto... y la angustia de desmoronamiento

Freud analiza la melancolía asociándola a la situación de duelo. En ambas se observa la pérdida de interés por el mundo externo, con su correlato de inhibición y repliegue libidinal (la anhedonia). En ambas situaciones se trata de la pérdida de un objeto, pero en la segunda es el mundo que es desvalorizado por el sujeto sufriente (nada puede compararse al objeto que he perdido) y en la primera es el propio Yo

⁶ Además de mi fuerte adhesión a mi « anciano » celular de 5 años ya descripta, podemos pensar que el éxito del mercado del arte o las antigüedades en nuestra época, podría encontrar en estos mecanismos una fuente de explicación que podría sobredeterminar el mero deseo especulativo.

del melancólico que cae bajo el yugo de los autoreproches y el desprecio con la consiguiente disminución de la autoestima (no soy ni valgo nada).

Freud nos enseña que esta autocrítica destructora no es sino el retorno sobre el Yo de un ataque al objeto, « la sombra del objeto cae sobre el Yo », que es a su vez víctima de los ataques despiadados del Superyo quien es, a su vez, sobreinvertido. En las situaciones en las que la relación al objeto se estructura en los términos de la apoyatura y el objeto sirve de soporte al Yo desfalleciente, observamos una lábil resistencia en la carga al objeto, que puede ser reemplazado casi con indiferencia (un soporte es igual que otro) pero paradójicamente la caída del objeto, su ausencia, provoca una crisis anaclítica con un derrumbe del Yo. Son las depresiones cataclísmicas, signadas por la angustia de desmoronamiento, que tal bien fue descrita por Winnicott :

Podemos encontrar en los personajes de Daniel Huellebecq, hijos carenciados, como Bruno Clément o Michel Djerzinski de *Las partículas elementales*, para cuyos padres « los cuidados fastidiosos que reclama la crianza de un niño pequeño parecieron rápidamente a la pareja poco compatibles con su ideal de libertad personal »⁷, o más cerca de nuestro medio el Rímíni de Alan Pauls del que su « amada » dice : « Este papel parece hecho especialmente para vos : todo lo que escribís encima puede borrarse con el dedo, sin que deje marca »⁸, o aún el Ferdinand Bardamu del *Viaje al final de la noche* de Louis-Ferdinand Céline, que nos dan una fiel descripción de estas personalidades, desvitalizadas, desafectivas casi hasta la indiferencia, insensibles y arrastrando una fragilidad siempre en el borde del abismo, y que pueblan nuestros consultorios en esa vasta y proteiforme nebulosa de las patologías de frontera.

Si recordamos nuestras reflexiones acerca de las llamadas sociedades de consumo, veremos que las formas en que el entramado social condiciona la relación con los objetos, crean un contexto nefasto para el curso de las mencionadas personalidades patológicas, sin que podamos afirmar, al menos desde nuestra perspectiva, contraria a una concepción sociogenética de la psicopatología, que los factores sociales sean la « causa » de la enfermedad mental.

La creciente volatilización y fugacidad en los vínculos sociales (tanto con las personas como con las cosas), no puede menos que incrementar la ya frágil

⁷ Michel Houellebecq, *Les particules elementaires*, Ed. Flammarion, Paris, 1998, p. 28. La traducción es mía.

⁸ Alan Pauls, *El pasado*, Ed. Anagrama, Buenos Aires, 2003, p. 17.

estructura de las personalidades carenciadas. La estructura narcisista desfalleciente se encuentra enfrentada permanentemente a su disolución con los riesgos de autoagresión concomitantes. La desintricación pulsional que ya hemos desarrollado con la consiguiente liberación de una energía destructiva permite pensar metapsicológicamente dichos procesos y su impacto en los individuos y la sociedad. ¿Asistiríamos, entonces, a pesar del espejismo equívoco de sociedades que se extasían en su pedante autocontemplación y en donde el goce y la abundancia parecen su exclusivo atributo, al retorno de otras fuerzas más ocultas, más profundas y oscuras que infiltran nuestra realidad con su cortejo de autodestrucción y muerte ?

Bibliografía

FREUD, Sigmund, *Más allá del principio de placer (1920)*, Obras Completas, T. XVIII, Amorrortu ed, Buenos Aires, 1980.

FREUD, Sigmund, *El problema económico del masoquismo (1924)*, Obras Completas, T. XIX, Amorrortu ed, Buenos Aires, 1980.

GENNARO, Juan, *El silencio de la cripta. Pulsión de muerte y cuerpo fragmentado*, El cuerpo : su presencia en la clínica psicoanalítica, Psicoanálisis, APdeBA, 2010.

GREEN, A. (2000), *Le temps éclaté (2000)*, Paris, Les éditions de minuit.

WINNICOTT, D. *Jeu et réalité*, Gallimard, Paris, 1975.

Descriptores

Pulsión de vida – Pulsión de muerte – Principio de constancia – Investidura de objeto
– Angustia de desmoronamiento – Narcisismo primario.